

cabeza, de que pueden convertirse á Dios sin mas auxilio que su voluntad y sus propias fuerzas. ¡Locos! Es tan imposible que un pecador se convierta, si Dios primero no le excita á ello, como es imposible que un muerto resucite por su propia virtud, ó que una piedra se levante de tierra sin que nadie la impulse.

Ahora bien : los que cometeis el pecado mortal confiados en que despues os convertiréis por medio de una buena confesion, ¿ estais seguros de que Dios os excitará á ello con su gracia?—Confiamos que sí.—Hijos míos, mi pregunta no es esta ; sino si estais ciertos de que Dios os excitará á la conversion : ¿ sí ó no? Si es que sí, hacedme el favor de decir, cuál ha sido el Angel que ha bajado á traeros esta revelacion : y si es que no, ¿ dónde teneis el juicio, cuando os arrojais al pecado sin saber si Dios querrá ó no sacaros de él? La sola temeridad de poneros en riesgo de no recobrar jamás la gracia, es, á mi juicio, un justo motivo para que el Señor os la niegue.

Concluyamos, pues, con aquel famoso consejo del Espíritu Santo : *Hijo, ¿has pecado? no vuelvas á pecar ; sino ruega que se te perdonen tus culpas pasadas. Tú has pecado, cristiano mio, y has pecado con la esperanza de confesarte despues. ¡Oh qué disparate has hecho! La confesion sabe Dios si la harás ó no la harás. No vuelvas á pecar, hijo ; porque aunque esperas convertirte, es muy fácil que tu esperanza quede burlada. Cuanto mas animosamente pecas, mas se radican en tí los malos hábitos, mas ascendiente adquiere sobre tí el demonio, mas se retira de tí el Señor. Si tienes, pues, seso en la cabeza, guárdate, guárdate de volver á pecar. Y aun temiendo por tus culpas pasadas, vuelve á llorarlas de nuevo, vuelve á pedir el perdon. ¿ Quién sabe cómo habrán*

ido las confesiones hechas hasta aquí? ¿jurarias que han sido buenas? Examínalas bien, hijo, examínalas bien, y verás cuántos motivos tienes para dudar de su bondad. Recurre, pues, á Dios para que te sean perdonadas tus culpas, y hazlo con aquel corazon contrito y humillado que nunca deja de alcanzar lo que pide. Amen.

PLÁTICA XVI.

LA RESURRECCION DE JESUCRISTO. — RESURRECCION MÍSTICA
DEL ALMA.

Quomodò Christus surrexit à mortuis... ita et nos in novitate vitæ ambulemus. (*Rom. vi, 4*).

En la pasada instruccion os expliqué la primera parte del artículo quinto, que trata del *descendimiento de Jesucristo á los infiernos* : hoy nos toca declarar la segunda que habla de su *resurreccion al tercer dia de entre los muertos*.

Para entender bien este misterio, debeis suponer que el alma de Jesucristo moró en los infiernos todo el tiempo que su adorable cuerpo estuvo en el sepulcro, que fueron tres dias, no enteros, sino comenzados, esto es, una parte del viernes, todo el sábado y la madrugada del domingo. Pasados estos tres dias, su alma subió de los infiernos, volvió á unirse al cuerpo que yacia yerto en el sepulcro, y le dió una vida gloriosa é inmortal.

Podia Jesucristo resucitar inmediatamente despues de su muerte, ¿quién no lo conoce? pero no convenia que así fue-

se, dice santo Tomás ¹; porque en tal caso su muerte no se hubiera creído verdadera; y no creyéndose que verdaderamente hubiese muerto, tampoco se habría creído que verdaderamente hubiese resucitado. Para que no quedase, pues, duda alguna sobre la verdad de su resurrección, quiso el Salvador diferirla hasta al tercer día.

Vosotros ya entendéis que Jesucristo no resucitó como Dios, sino en cuanto hombre; porque fue en cuanto hombre que padeció y murió. Con todo resucitó por la virtud propia de su divinidad, no por algún poder extraño; resultando cumplido lo que había predicho David, que Jesucristo no debería su resurrección sino al poder de su mano y á la fuerza de su propio brazo: *Salvavit sibi dextera ejus, et brachium sanctum ejus*. Como la divinidad nunca se separó del cuerpo que estaba en el sepulcro, ni del alma que descendió á los infiernos, había virtud en el cuerpo para juntarse con el alma, y la había en el alma para unirse de nuevo al cuerpo, y efectivamente volvieron á unirse entre sí por virtud de la divinidad que residía en ambos.

De aquí resulta una diferencia muy notable entre la resurrección de Jesucristo y la de algunos que leemos haber resucitado en el Antiguo y Nuevo Testamento. Estos resucitando volvieron á su condición primera de criaturas mortales, y en efecto después de haber sobrevivido por algún tiempo, volvieron á morir. Pero no fue así Jesucristo: él resucitó á una vida inmortal, por manera que, como dice san Pablo, la muerte no tendrá ya más dominio sobre él: *mors illi ultra non dominabitur*. Su cuerpo fue revestido de los cuatro dotes bienaventurados, á saber: claridad, impassibilidad, agilidad y su-

¹ D. Thom. 3 part. quæst. 53, art. 2.

tileza. Por cual motivo han dicho algunos santos Padres, que Jesucristo resucitó *todo Dios*; porque totalmente libre de la fragilidad de la carne, no se descubría en él otra cosa que la virtud de la divinidad.

Aquí tenéis, hijos míos, las principales cosas que he creído debía explicaros sobre la resurrección de Jesucristo, mas de poco os serviría la simple explicación de este misterio, si no os indicase ahora las consecuencias morales que debéis deducir de cuanto llevo explicado. San Pablo nos dice, que así como Jesucristo resucitó de entre los muertos; así nosotros debemos resucitar á nueva vida: *Quomodo Christus surrexit à mortuis... ita et nos in novitate vitæ ambulemus*. Para comprender bien lo que con esto quiere decirnos san Pablo, conviene sepais, que en nosotros hay otra vida, otra muerte, y otra resurrección á más de la del cuerpo: una vida incomparablemente más preciosa, una muerte sin comparación más funesta, una resurrección infinitamente más necesaria: es decir la vida del alma, que recibe el ser de la gracia; la muerte del alma, que consiste en el pecado; la resurrección del alma, que es la penitencia.

Nuestra alma muerta por la culpa original resucitó por primera vez á la vida de la gracia, cuando en el bautismo fuimos hechos cristianos. ¡Feliz el que ha conservado siempre esta vida nueva! ¡dichoso el que no ha vuelto á morir por la culpa! ¡qué consuelo! ¡qué gozo! ¡qué dicha! Pero en fin, nos dice san Pablo, si por un efecto de vuestra fragilidad habeis tenido la desgracia de volver á morir cayendo en el pecado, procurad resucitar de nuevo á la gracia, conforme Jesucristo resucitó de entre los muertos. Esta es la resurrección mística del alma que será la materia de la presente instrucción.

Sin la resurreccion mística del alma, hijos mios, vale tan poco la vida del cuerpo, que se puede decir que no vivimos. Tú pasas por vivo, decia Jesucristo á un pecador, y sin embargo eres muerto: *Nomen habes quòd vivas, et mortuus es*. Y á la verdad: ¿qué es delante de Dios una alma en pecado, sino un alma muerta que lleva á todas partes su sepulcro; un cadáver corrompido cuyo hedor es insoportable? Pecadores, héos pues lo que sois; sois la sepultura de una alma muerta; y si no lo creéis, si no lo veis, si no lo sentís, vuestra misma insensibilidad es la prueba mas clara de que efectivamente estais muertos. ¡Ah si pudiéseis ver cómo está esa infeliz alma que llevais dentro de vosotros! La veríais tan asquerosa, tan disforme, que os pareceria la imágen de un demonio. Es necesario, pues, que esa alma salga cuanto antes del sepulcro de sus pecados, y que por la penitencia resucite á una nueva vida de gracia, así como Jesucristo resucitó á una vida inmortal.

Jesucristo, hijos mios, para salir del sepulcro empleó su poder divino á fin de superar los obstáculos que se le oponian: sacudió de sí el sudario, rompió las ataduras, apartó la losa, trastornó los guardias y tomó una vida absolutamente nueva. ¿Y vosotros qué esfuerzos habeis hecho hasta aquí para salir del sepulcro de vuestros pecados? Decid que ninguno, y confesaréis la pura verdad. Os habeis postrado varias veces á los piés del confesor, no con el designio de convertirlos enteramente á Dios, sino para cubrir el expediente, y adormecer los remordimientos de una conciencia que no os daba reposo: os habeis acusado de odio, blasfemia, murmuracion, hurto, impureza, etc.; mas ¿de qué ha servido esta acusacion? Todo se ha quedado en el mismo estado que antes. El enemigo es aborrecido como siempre, la blasfemia

continúa en vuestros labios, la fama del prójimo sigue denigrada, el acreedor queda sin ser satisfecho, las impurezas van siguiendo como antes de confesaros, y de consiguiente vuestra alma aun está tan muerta como estaba.

Cuando yo viere que habeis sacudido el *sudario* que os envuelve en la culpa, es decir todo aquello que os es ocasion de pecar; que ya no vais á aquella casa, que ya no tratáis tal persona, que ya no teneis aquella amistad; cuando viere que habeis trastornado los *guardias*, quiero decir, las compañías malas que os pervierten; que dejais aquel amigo que os sugiere máximas contra la Religion, aquel que os aconseja el pecado, aquel que aspira á haceros un indiferente: cuando viere que quitais la *losa* que os cubre, es decir, aquello que hasta ahora os ha impedido volver á Dios; que aquel mal libro va al fuego, que aquellas cartas amorosas son rasgadas, que aquellos regalos se echan por la ventana; entonces, hijos mios, entonces creeré que verdaderamente vuestra alma ha resucitado: que no lo vea con mis ojos, que no lo palpe con mis manos, jamás lo creeré; *nisi videro, non credam*.

¡Ay amados de mi alma! ¿no es ya hora de hacer alguna cosa para esa pobre alma que teneis difunta? ¿No basta haber perdido la juventud? ¿no basta haber desperdiciado la virilidad? ¿no basta haber malogrado parte de la vejez? ¿no basta, hijos, no basta haber vivido en pecado tantos años?... ¿Qué esperais, decídmelo por favor, qué esperais para emprender una vida nueva? ¿esperais, acaso, una cadena de pecados que no podais romper? ¿un endurecimiento de corazon que no podais ablandar? ¿una muerte imprevista que os cierre los ojos, que os lleve á la eternidad sin daros tiempo para decir *Jesús*?

Cambiad luego de conducta, mis carísimos, para que yo pueda decir de cada uno de vosotros lo que un Ángel dijo de Jesucristo resucitado: *Surrexit, non est hic*: ha resucitado, ya no es lo que era. Sí; ese feligrés mio, poco há tan libertino, ya no reniega, ya no profiere palabras impuras, ya no escandaliza, *surrexit*. Esta mujer hasta aquí tan mundana, ya vive retirada en su casa, ya viste y habla con modestia, ya es devota y frecuenta los Sacramentos, *surrexit*. Ese impuro ya tiene á raya sus pasiones; ese murmurador ya ha hecho enmudecer su lengua maldiciente; ese avaro ya abre sus manos para restituir lo ajeno; ese mercader ya lleva su balanza mas justa, *surrexit*. ¿Cuándo llegará, hijos míos, el día que yo podré decir esto? ¿cuándo será que podré decir de cada uno de vosotros lo que aquel padre del hijo pródigo: *Hic filius meus mortuus erat, et revixit*: este mi hijo que era muerto por la culpa, ha resucitado á la gracia? el día que yo pueda decir esto, contad, hijos, que será el mas feliz de mi vida.

Pero advertid, que no basta resucitar simplemente; es necesario que volvais á vuestra alma toda la hermosura que le quitó el pecado. Jesucristo no se contentó con resucitar; sino que restituyó á su sacratísima humanidad toda la hermosura que habia perdido en el sepulcro. Su cabeza ya no apareció coronada de espinas, sino rodeada de gloria: sus manos ya no se vieron horadadas de clavos, sino adornadas de esplendor y de luz: su rostro ya no apareció sombrío y pálido, sino hermoso y brillante como el sol.

El día que vosotros os convirtais de veras á Dios — haga él que sea pronto — todo vuestro porte ha de ser muy diferente de antes; de tal modo, que todo el mundo conozca vuestra mudanza, y glorifique por ello al Padre celestial. Es una

ilusion que el demonio forma en muchas almas, pensar que es mejor convertirse en secreto y sin que nadie lo entienda, que ofrecer al público un ejemplo que le conmueva y edifique. Este es el motivo que obliga á muchos á ocultar su conversion, despues de efectuada: temen parecer convertidos, ó se dan mengua de que se diga que se han enmendado, y semejantes á los judíos, que no se atrevian á hablar claramente de Jesucristo, no tienen valor para declararse francamente siervos suyos.

De aquí es, que para que el mundo no conozca que se han convertido, van usando las mismas modas aunque insensatas, van siguiendo con las mismas compañías aunque peligrosas, van frecuentando las mismas diversiones aunque poco cristianas, van continuando las mismas relaciones aunque perjudicialísimas para su alma. De hablar de Dios, de asistir á la iglesia, de manifestar devocion, de frecuentar Sacramentos, ¡guárdenos Dios! no fuese que el mundo sospechara que se han convertido. ¿Y qué diria la gente, exclama aquella doncella, si viese que ya no voy al baile ni trato con aquel jóven? ¿Qué pensaria el mundo, dice aquel jóven, si viese que dejo aquella amistad y me retiro de aquella casa? Dirian que me he vuelto devoto y quiero ser santo... — Almas de no sé qué... ¿y que lo digan? ¿Acaso no es mejor que digan esto, que lo que tal vez ahora dicen? Lo que ahora dicen es lo que debierais mirar.

Pero me objetaréis tal vez: ¿por qué ha de saber el mundo que yo me he convertido? ¿no basta que me reconcilie con Dios en secreto, y sin hacer ruido ni publicidades? Las publicidades no agradan á Dios; lo que él quiere es el espíritu y el interior. Teneis la desgracia, hijos míos, de comprender ciertas cosas muy al revés de lo que son. — Si Dios

no quiere publicidades, ¿por qué ha mandado edificar templos donde se le tribute un culto público y exterior? ¿Por qué ha dicho por san Lucas: *Sic luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona*: brille la luz de vuestro ejemplo á la vista de los hombres, para que vean vuestras buenas obras? ¿Por qué, en fin, ha amenazado con eterna condenacion á los que se avergonzaren de confesarle delante de los hombres? ¡Ah! las publicidades deberíais evitarlas, cuando son de cosas que escandalizan al prójimo y ofenden á Dios; no cuando contribuyen á la edificacion de vuestros hermanos y á la gloria del Señor. De consiguiente, hijos míos, si teneis la dicha de resucitar á la vida de la gracia, dejad que lo entienda todo el mundo; así como Jesucristo resucitado se dejó ver de Magdalena, de los Apóstoles, de los discípulos, probándoles con muchos y varios argumentos la verdad de su resurreccion.

Por último debeis procurar que la resurreccion mística de vuestra alma sea estable y duradera. Léjos de vosotros aquellas vergonzosas alternativas de confesiones y recaídas, por las cuales unas llagas se suceden á otras, haciéndoos semejantes al *perro que vuelve al vómito*, como dice san Pedro. *Yo he lavado mis piés*, decia la Esposa de los Cantares, *¿cómo, pues, los mancharé de nuevo? Acabo de dejar mi ropa, ¿cómo quereis que la vuelva á tomar?* ¿Podeis olvidar, hijos míos, que la mujer de Lot fue convertida en estatua de sal, por haber mirado atrás para ver á Sodoma que habia dejado? ¿Podeis olvidar que, segun la palabra de Jesucristo, *quien echa mano al arado y vuelve atrás, no es apto para el reino de los cielos?* ¿Podeis olvidar lo que dice san Pedro, que el que habiéndose justificado, recae en la culpa, se coloca en un estado peor que el de antes?

Sin embargo ¡cuántas resurrecciones pasajeras! ¡cuántas conversiones de pocos dias! ¿Son verdaderas estas conversiones? Al ver la facilidad con que volveis al pecado, entro en grandes temores de que jamás os habeis convertido bien, ni habeis recibido con fruto los Sacramentos. Este mi temor se funda en la naturaleza de los Sacramentos mismos. Los Sacramentos son de suma eficacia para impedir las recaídas; porque á mas de la gracia santificante que confieren á quien dignamente los recibe, producen otra gracia que los teólogos llaman *preservativa*, la cual consiste en ciertos auxilios particulares que fortifican admirablemente al alma para conservar la vida que en ellos adquirió. Vosotros en el curso de vuestros años os habeis acercado varias veces á estos Sacramentos. Y bien: ¿habeis recibido estos auxilios? Mostradme los efectos. ¿Dónde está la perseverancia que habeis tenido? ¿cuándo habeis sido otros muy diferentes de lo que érais antes de la confesion? Y no viéndose en vosotros los efectos de la gracia, ¿podré yo pensar que habeis recibido esta gracia que los produce? ¿Podré jamás persuadirme que el sol ha salido, si no veo la luz? ¿creeré jamás que estoy junto al fuego, si no siento el calor? ¡Ah! todas las señales indican que para vosotros los Sacramentos han sido vanos, inútiles y aun perjudiciales.

Pero, señor, me diréis, nosotros hasta ahora hemos vivido en buena fe sobre nuestras confesiones.—¿En buena fe? ¿Y qué es buena fe? Segun explican los teólogos, buena fe es una persuasion razonable y prudente fundada sobre la ignorancia invencible, por la cual se cree lícita y bien hecha una cosa que no lo es. ¿Y dónde está en vosotros esta persuasion prudente y razonable de haberos confesado bien, cuando jamás habeis experimentado ningun efecto de la buena confesion?

Pero puede ser, replicais, que nuestras confesiones hayan sido buenas, y que á pesar de esto hayamos vuelto á pecar. Cuando las hacíamos, bien nos parecía tener el dolor y propósitos necesarios. Sin negar la posibilidad absoluta de haber sido buenas tantas confesiones, á las que han seguido las recaídas mas frecuentes y vergonzosas, os diré, que no teneis razon alguna para suponerlo. Cuando el dolor es sincero y el propósito eficaz, no tan fácilmente se cambia la voluntad. Yo veo que si os fijais en un puntillo, si os empeñais en un negocio de este mundo, sois constantes é inmutables hasta salir con lá vuestra. ¿Por qué? porque lo empredeis con una voluntad firme, resuelta y decidida. Viendo, pues, que en la enmienda de vuestra vida sois mas inconstantes y volubles que las veletas que se colocan en lo alto de las torres, ¿no debo pensar que todos vuestros propósitos solo han sido ceremonias y cumplimientos?

Fijaos de una vez, hijos míos; renovad con una confesion general vuestras confesiones pasadas, que cuando menos son muy dudosas; y resucitando pronto á una vida santa y cristiana perseverad en ella constantes hasta la muerte. Amen.

PLÁTICA XVII.

LA ASCENSION DE JESUCRISTO. — DESEOS DE UN CRISTIANO EN SU DESTIERRO.

Ascendet pandens iter ante
eos... transibit Rex eorum coram
eis, et Dominus in capite eorum.
(Mich. II, 13).

En este sexto artículo se nos propone creer la admirable ascension de Jesucristo al cielo y su descanso á la diestra de Dios Padre omnipotente. Varias son las cosas que debeis notar aquí, si quereis tener un conocimiento de este misterio, que es el complemento y la corona de todos los misterios de Jesucristo.

Primeramente debeis notar, que Jesucristo subió al cielo *como hombre*, no como Dios. En cuanto Dios no tenia necesidad de subir, porque ya estaba en él por razon de su inmensidad: lo que subió, pues, fue la humanidad, esto es, el alma y cuerpo que, aunque unidos á la Persona divina, no estaban en el cielo.

Se dice que Jesucristo *subió al cielo*, no al paraíso. ¿Sabeis por qué? Porque el paraíso propiamente consiste en la clara vision de Dios; y como el alma de Cristo fue siempre beata, y gozó de la vista de Dios desde el primer instante de su encarnacion, si dijésemos que subió al paraíso, usaríamos un modo de hablar muy impropio. Decimos igualmente que *subió*, esto es, que se levantó; no por ministerio de otros, como leemos de Enoc, Elías y Habacuc; sino por sí mismo y